

Centro que han salido de esta capital se considerarán desde luego con aquel carácter. El general en jefe del ejército del Centro emprenderá los movimientos que le designe el de Oriente para el mejor acierto de las combinaciones que proyectare en defensa de Puebla, ó para atacar alguna de las posiciones del enemigo cuando así lo tuviere por conveniente. El ejército de Oriente será auxiliar del del Centro, siempre que el movimiento del invasor sea sobre esta capital.»¹

D. Ignacio Comonfort dirigió al gobierno una larga comunicación (20 de febrero de 1863) en que sostenía que «para cumplir la misión confiada al ejército de su mando. se hace indispensable. que su general en jefe obre con toda independencia.»

El ministerio contestó á Comonfort con fecha 24 de febrero: «En lo demás (esto es, la división del mando) si bien reconoce el Presidente que un sentimiento de patriotismo ha impulsado á usted á exponer la conveniencia de que se le deje en todo caso completamente independiente en sus operaciones militares; no puede menos de disentir de su opinión; pues cuando las fuerzas de su digno mando tengan que obrar como auxiliares de la plaza de Puebla, ES INDISPENSABLE QUE SE OBSERVE LA UNIDAD DE MANDO COMO BASE PRECISA PARA EL MEJOR ACIERTO DE LAS OPERACIONES QUE TENGAN QUE PRACTICARSE. Entonces al general en jefe del ejército auxiliado toca designar el tiempo, lugar y demás circunstancias en que crea conveniente que se le preste auxilio; pues de otra manera, obrando aisladamente ó por medio de previos acuerdos, difíciles de tenerse en estos casos, se perderían oportunidades que casi siempre son las que, aprovechadas en la guerra, deciden del éxito de los combates. *Conviene, pues, que en estas operaciones todo esté sujeto á la misma acción del jefe que hubiere combinado la defensa; y por eso se ha prevenido á usted que cuando tenga que obrar en auxilio de la mencionada plaza de Puebla, obsequie las órdenes que le librare el general en jefe del ejército de oriente.*»³

Como se ve, ni D. Benito ni su ministro Blanco hicieron nada que justificara los epigramas del Sr. Bulnes: no «discurrieron lo indiscutible,» no inventaron «el mando bicéfalo catastrófico has ta para la hechura de un par de pantuflas,» y no «reprobaron la pre-

1. Manifiesto de Blanco, págs. 14 y 15.

2. Manifiesto de Blanco, págs. 15 á 18.

3. Manifiesto de Blanco, págs. 18 y 19.

tensión de la unidad de mando.» Accedieron á lo que se les pedía (que por cierto era muy racional) usaron del poder la mejor manera que les fué dable y cooperaron eficazmente á la defensa.

¿Por qué no se siguió ese plan salvador? Averígüelo Vargas ó averígüelo el Sr. Bulnes. Yo me atrevo á creer que la falta fué de Comonfort, que se sentía ofendido porque tomara la dirección de los asuntos militares «un soldado de circunstancias, á quien le habían ceñido la espada los últimos sucesos de su patria.» Mas ni aseguro tal cosa, ni aún asegurándola, Juárez perdía ni ganaba nada en la opinión: rencillas entre generales las ha habido siempre, y entre generales mejicanos, á calderadas.

¿Por qué aseguró González Ortega semejante falsedad? Piadosamente juzgando, y por más que resulte inverosímil el olvido de una disposición que tenía que ser el eje de las operaciones, piadosamente juzgando, digo, no encuentro más disculpa que la que da el vencedor de Calpulálpam en la página primera de su escrito: su prisión y la captura de sus papeles por la gavilla que asesinó al Gral. La Llave.

JUAREZ DEBIO ENCARGAR DEL MANDO AL GENERAL GONZALEZ ORTEGA.

He procurado demostrar en el curso de este trabajo que no se cometieron en Puebla los desaciertos que el Sr. Bulnes declara; pero si esos errores se hubieran cometido y además otros, de manera que el sitio fuera una reunión de equivocaciones más grande que tiene átomos el sol, la responsabilidad no sería de Juárez, sino pura y simplemente de sus ministros y generales.

La dificultad mayor en coyunturas como la que Méjico se hallaba, consiste en la elección de jefes que vayan á disputar al enemigo los lauros de una victoria problemática, pero exigida por la necesidad y por la opinión. Cuando no hay, dice un notabilísimo escritor francés, un guerrero á quien el brillo y magnitud de sus servicios coloquen en el primer lugar, la dificultad mayor de una guerra consiste en escoger entre generales celosos y mal dispuestos á seguir á uno á quien juzgan su igual.

Pero aquí no había semejante dificultad. Ni los servicios de Comonfort, que apenas había mandado en jefe en acciones de segun-

1 Étienne Lamy. *Études sur le seconde empire*, pág. 203.

do orden; ni los de Echagaray, que si por sus notables conocimientos merecía el primer lugar, no habría obtenido el asenso de sus compañeros por su turbia filiación política; ni Berriozábal, desacreditado por el fracaso de Toluca; ni Negrete, el más veleidoso é inconsecuente de los hombres de armas de entonces; ni mucho menos los jóvenes, que en verdad no pasaban de bellas esperanzas, podían competir con el crédito y el nombre de González Ortega.

González Ortega procedía de humilde cuna. Aficionado al ejercicio de las armas, las tomó por primera vez cuando por ministerio de la ley se hizo cargo del gobierno de Zacatecas. Extremado en sus opiniones, había hecho vestir blusa á los curas de Irapuato y les había incorporado á las filas del ejército; había dictado una ley especial contra los sacerdotes católicos y había iniciado la desamortización en Zacatecas mucho antes que las leyes respectivas se promulgasen en Veracruz.

Cooperador en la victoria de las Animas, había obtenido por sí mismo los dos triunfos de Peñuelas y Silao, tomado á Guadalajara y destrozado á las huestes conservadoras en Calpulálpam. Y como si no fuera bastante haber destruído al ejército reaccionario y hecho pedazos el prestigio del antes invencible Macabeo, había ocupado la capital invitando al Sr. Juárez para que viniera á tomar posesión del poder.

Hombre honrado, había sabido cerrar el oído á las sugerencias de los que le excitaban á posesionarse de la presidencia y á derrocar á Juárez; liberal sincero, había promulgado, al tomar posesión de la capital, las leyes de reforma, lábaro del partido á que pertenecía; jacobino impenitente, había licenciado á los 25,000 hombres que le habían acompañado en su dichoso triunfo, renunciando al grado de general.

«No pudo Juárez, al posesionarse nuevamente de la capital dejar de llamar á su ministerio al insigne jefe que tantos servicios había prestado y entró á servir la cartera de guerra en el primer gabinete constitucional. A pesar de que comprendió al momento que iba á gastar allí su popularidad, tomó participio en aquél gabinete para dar al gobierno toda la predominancia y vigor que nunca había tenido y sólo entonces tuvo el poder civil.»¹

¹ *Apuntes Biográficos del Ciudadano Jesús González Ortega*. 1861. Anónimo.

La victoria de Jalatlaco, en que acabó con los últimos restos del ejército reaccionario, vino á hacer quizás más famoso el nombre de Ortega, vencedor de Ramírez, de Márquez, de Zuloaga y del mismo Miramón.

Y la prueba de que hasta los mismos defectos del gallardo general zacatecano, solían prestarle servicios ante su partido, se encuentra en una biografía escrita veintitantos años después de la desaparición de Ortega de la escena política y que resume y compendia las ideas del jacobinismo sobre el mando militar y sobre la persona del jefe de la defensa en Puebla. «Se refiere que la causa eficiente de la gran popularidad y las victorias de González Ortega, radicaba en su ingénita elocuencia para conmover las masas populares: hablaba, y las chusmas le seguían fanatizadas; la tropa sucumbía al hambre y al cansancio, su voz vibrante y profética la enardecía y entusiasmaba hasta el delirio y aquellos soldados macilentos y andrajosos, morían gozosos al pie del lábaro constitucional. *Sus audacísimos planes militares eran hijos de su carencia de sabiduría técnica: como Aníbal, buscaba no en el arsenal del arte codificado de la guerra, sino en el arsenal de su fecunda inspiración el recurso estratégico, el movimiento adecuado, la posición conveniente, según las circunstancias del combate y las cualidades del terreno.*»¹

Me dirá el Sr. Bulnes que un general no es un Tirteo ni un demagogo, ni un clubista, ni un orador parlamentario; me dirá que no se improvisan las batallas, ni los conflictos tácticos se resuelven con golpes de elocuencia sino con golpes de álgebra. Todo es verdad; pero también es cierto que los generales, lo mismo que los libros, los profesores las levitas y las patatas, se producen de acuerdo con el terreno que les cría, y que exigir que en 1861 tuviéramos jefes como Giulay, Mac. Mahon, Benedeck, ó Von Moltke, es algo más que pedir peras al olmo: es una jacobinada imperdonable en quien más duramente ha fustigado á los jacobinos. El axioma fundamental en esto es que cada pueblo tiene el ejército á que es acreedor, y cada ejército los jefes que merece.

Aunque Juárez hubiera tenido el poder que se atribuía á Pompeyo, de levantar ejércitos tocando el suelo con el pie, no habría conseguido por eso hacer brotar generales con igual facilidad. Juárez, pues, hizo bien en confiar el mando al caudillo más famo-

¹ Biografía del general D. Jesús González Ortega, por Francisco Gómez Flores, en el libro *Liberales Ilustres Mexicano*. Daniel Cabrera, editor.

so de su tiempo, al que aclamaba el pueblo y los descontentos consideraban bandera de rebelión contra todo lo establecido; y con eso solamente está horro y libre de cualquier cargo que pudiera hacérsele.

Por aquellos tiempos, Porfirio Díaz era apenas coronel; Escobedo tenía el mismo grado; Corona llevaba unos cuantos meses de pertenecer al ejército; todos los que habían de distinguirse en la guerra contra el invasor, tenían grados inferiores y eran punto menos que ignorados ó ignorados del todo. A Juárez no le tocaba adivinarlos; ellos tenían que manifestarse conforme las circunstancias lo exigieran.

Poco despues debía presentarse en Francia una situación parecida á la nuestra, la cual compendia así el autor de los *Estudios acerca del segundo imperio*.¹ «Tan pronto como se empezó á tener noticia de nuestros desastres, el afán dominante, apasionado, universal. . . . fué descubrir jefes para la salvación común. Y como la salvación consistía en la victoria, buscábamos y requeríamos hombres de espada; y al calor de esta fiebre se vió que, EN VEZ DE LAS VIEJAS REPUTACIONES AGOSTADAS POR LA DERROTA, SÚBITAMENTE MADURABAN FAMAS ANTES DESCONOCIDAS.

Y la prueba de que Juárez no era el tirano que se pinta, frío, suspicaz, egoísta, meticoloso y lleno de temores de que le arrebataran el poder, está en lo siguiente, que sé de labios de uno de los personajes que intervinieron en el lance. Luego que los generales Díaz y Berriozábal consiguieron evadirse de su prisión en Puebla, y llegar á Méjico, se presentaron en la Cámara de Diputados, donde recibieron una ovación al tiempo de posesionarse de las curules que les había designado el voto popular. Era á fines de mayo y se discutía aún, por cierto con sumo calor y vehemencia, la famosa ley de facultades. Luego que concluyó la junta, un enviado del Presidente llamó fuera de la cámara á los generales y les llevó á la presencia de Juárez. Tras de congratularse por la feliz evasión y de felicitarles por su excelente comportamiento durante el sitio, Juárez les dijo que debían prepararse el uno para marchar á ponerse al frente del ejército, y el otro para servir el ministerio de la guerra.

Disculpose Porfirio alegando su mocedad, el poco tiempo que

¹ Étienne Lamy *Études sur le seconde empire*, pág. 206.

llevaba de ascendido al generalato, (tendría apenas un mes, pues se le dió el despacho después del 25 de abril) los celos que un nombramiento tan intempestivo causaría entre los jefes más antiguos y el pretexto que se daría á la defección de los que se consideraran ofendidos si se les postergaba. El Sr. Juárez no se dió por vencido, pues le dispuso al Sr. general Díaz que meditara durante la noche aquella su decisión.

Al día siguiente, luego que el Sr. general Díaz vió á D. Benito, éste le interrogó sobre que era «lo que le había dicho la almohada.» Manifestó Porfirio que seguía en la misma resolución, y que pensaba, si el gobierno no tenía en ello inconveniente, irse á su tierra, Oajaca, á combatir al francés, formando una división con cuerpos escogidos del ejército. Díaz pensó que se le rehusaría aquella pretensión, (que de concederse desorganizaba todo el núcleo de defensa, puesto que había que espigar tomando lo más florido de batallones y regimientos) y que entonces se le dejaría libre para armar, equipar y movilizar la tropa que levantara valiéndose del ascendiente que disfrutaba en Oajaca. La respuesta del Sr. Juárez fué poner un lápiz en manos del jóven defensor de San Marcos, é indicarle que hiciera la lista de los cuerpos que le vendría llevar á la campaña.

Todavía más; el Sr. general Díaz logró levantar el nuevo ejército de oriente merced á que el Sr. Juárez le exoneró de sujetarse al consejo de guerra que después de la rendición de Oajaca solicitaba ahincadamente el actual jefe del estado; y cuando éste proyectó evadirse en Puebla, D. Benito ordenó al general D. Alejandro García que tan pronto como Porfirio realizara su intento, le reconociera como jefe de toda la línea que antes había mandado.

¿Que González Ortega era ignorante? Y bien, sí lo era; pero así eran entonces todos los generales del bando liberal, que por cierto no habían salido de ninguna academia de Saint Cyr, sino que habían dejado la pluma de barbas y las siete partidas con que el tinterillo se buscaba la vida; el bisturí y las cataplasmas que manejaba el mediquín de pueblo; la vara de medir del comerciantuelo y el bufete de la haceduría y la era del rancho y las aulas del colegio y todos los lugares, en fin, en que nada se hablaba de cosas de milicia.

La pretensión del Sr. Bulnes de que González Ortega, (que á todo tirar conocería la *carretilla de once voces* y el manual de cabos y sargentos) se supiera de coro los libros de táctica fechados en

1,904 (*Éditeurs: Librairie militaire, Direction du Spectateur militaire, Lecène Oudin et cie*) que llenan los estantes de la selecta biblioteca del autor de *El Verdadero Juárez*, esa pretensión, digo, me recuerda aquellos ingenuos grabados viejos en madera en que un Adán de tricornio, chorrera de encajes, tacón rojo y tabaquera de oro, se halla cerca de una Eva con tontillo, impertinente y peinado Pompadour; entreteniéndose ambos en mirar un paraíso con callecillas simétricas, césped recortado y árboles en forma de quitasoles y de abanicos.

Un escritor que calzaba menos puntos que el Sr. Bulnes, pero que mejor que él veía el haz de los acontecimientos, resumió con admirable penetración la serie de los realizados, y por cierto que esa clarividencia debe tenerse muy en cuenta para juzgarle como sociólogo y como hombre previsor.¹

«En cuanto á la república, todo pasó también como debía pasar. De la posición de 1861 no se podía salir sino por una guerra en que todas las probabilidades y todos los riesgos eran de parte del gobierno mexicano.

«Apareció Riva Palacio en el Sur; Escobedo en Tamaulipas; los hermanos Díaz en Oaxaca; García en la costa; Corona, Rosales y Martínez en Occidente; y éstos, que eran los elementos materiales de resistencia, estaban conducidos por una especie de alambre eléctrico que tenía el ente moral que se llamaba gobierno republicano, representado en un antagonista de Napoleón, en Juárez, y en un ministro que se llamaba Lerdo.

«Esto era lo bastante. La poesía admite esas metáforas de que las naciones se levanten como un solo hombre y aniquilen á los enemigos. La filosofía ve estas cosas de otra manera.

«¿De qué hubiera servido el levantamiento de esa nación sin armas, sin organización, sin poder formar regimientos, sin poder mantenerse, porque para mantener á una nación armada es necesario que otra nación más numerosa la mantenga? Por eso no hemos visto en la historia levantarse á nación alguna tomando las palabras en el sentido recto.

«Dos Juárez, dos Lerdos, dos Porfirios, dos Rivas Palacios hubiesen sido un inconveniente, y ya se palpó el de Ortega.

«Un ejército de doscientos mil hombres habría comenzado por

¹ *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos de la intervención y el imperio por Manuel Payno. Mejico, 1868. págs. 928 y 929.*

devorar al país, y concluido por devorarse á sí mismo. Las cosas, pues, pasaron ni una línea de más, ni una línea de menos de como debieron pasar, y con la misma regularidad con que los astros se mueven al derredor del sol. Los hombres somos iustrmentos guiados por un poder invisible y desconocido, y á poco que cada uno examine su propia historia, verá que ha sido instrumento involuntario y casual de una multitud de acontecimientos grandes y pequeños.

«Si se examina bajo este punto de vista la historia del mundo todo, se encontrará confirmada esta teoría con una precisión matemática.

«No es invención mía: es la escuela de Buckle y siempre me ha parecido de una asombrosa exactitud.

«La república, que, como hemos dicho antes, temblaba con un viejo buque de guerra que aparecía en Veracruz, no tenía la conciencia de su fuerza, y esta es una gran cosa que es preciso hacer conocer y meter en el cerebro de todos.

«Las tempestades del invierno en las costas, el vómito, la fiebre, los mosquitos, las tierras calientes, la extensión y lo despojado del país, son otros tantos y terribles auxiliares como ha dicho bien y poéticamente Víctor Hugo.

«En esta nación, por sus tradiciones, por su raza y por lo que acaba de pasar, digan lo que quieran en Europa nuestros enemigos, siempre ha de haber tres ó cuatro corazones fuertes el día del peligro. A estos hombres ya sean conocidos, ó ya se levanten repentinamente de ese fondo obscuro y misterioso de donde brota todo lo grande y lo maravilloso, se reunirán otros cuantos de esos campesinos indomables en quienes se cebaron las cortes marciales y las balas de los franceses, y esto será lo bastante.

«¿Quién conocía en Europa á Lerdo, cuando era simplemente el estudioso rector de un colegio? ¿Dónde estaba el nombre de Díaz y de tantos otros, sino confundidos entre esa multitud de gente á quien Barrés llamaba la carne de cañón?

«De 1857 á 1867 ha habido una rápida sucesión de cosas, de acontecimientos de hombres nuevos, verdaderamente sorprendente, y los que pudimos figurar de alguna manera en la buena y honrada administración de Arista, tenemos ya, como quien dice, las cabezas blancas, los miembros entorpecidos, el entendimiento enbotado, como si hubieramos vivido de entonces acá doscientos años.